

Francisco López Pérez

G A N D U L

PAISAJES DE INFANCIA



Paisajes con Letras

Francisco López Pérez

G A N D U L

PAISAJES DE INFANCIA



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra

Alcalá de Guadaíra, 2024



Paisajes con Letras

Núm. 17

Edita:

AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Coordinación de la colección:

MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Textos y dibujos:

FRANCISCO LÓPEZ PÉREZ

Diseño, maqueta y cuidado de la edición:

JUAN DIEGO BAZÁN GALLEGO

Imprime:

PERMAGRAFIC 2017, S.L.U.

© Para la edición, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra 2024

ISBN: 978-84-89180-97-0

Dep. Legal: SE-982-2024

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.

Trazos previos

Cada libro es un amigo siempre disponible, que pacientemente espera el momento de serle útil.

Escribo esto porque, al conocer los dibujos de Francisco López Pérez que dan origen a este nuevo número de la colección *Paisajes con Letras*, me apeteció buscar en su lugar de la estantería y releer *Sobre el dibujo*, la obra de John Berger, escritor y crítico de arte londinense.

Propongo a continuación algunos párrafos entresacados de su interesantísimo texto, que en mi opinión nos ayudarán a entender la fuerza y magnetismo de estos apuntes de Curro López, y a su autor a no sentir la necesidad de disculparse por lo que él llama “falta de dominio artístico”, que como podrán ver no es tal.

El dibujo es mucho más que una asignatura que se enseña en las escuelas de arte, o un tipo de objeto por el que los coleccionistas empezaron a interesarse en el siglo XVII; el dibujo es tan fundamental para la energía que nos hace humanos como el canto o la danza.

(...)

Antes de que evolucionara y se convirtiera en una “indagación” de lo visible, el dibujo fue una manera de dirigirse a lo ausente, de hacer que apareciera lo ausente. (...) Tengo el presentimiento de que el dibujo es una actividad manual cuyo objetivo es abolir el principio de la Desaparición.

El empuje de su compromiso con un patrimonio material e inmaterial que no debe desaparecer, y la necesidad del autor de comunicar lo que él mismo vivió y conoció, son tan fuertes que arrollan cualquier dificultad técnica y alcanzan la destreza necesaria para testimoniar lo que se vio.

Cada una de las hojas de papel sobre la que se ha escrito y dibujado, es una carta de amor a un tiempo y un lugar, y a la vez una petición de socorro para llamar nuestra atención sobre un paisaje que hace tiempo empezamos a perder, porque faltan casi todos los que lo habitaron.

Este nuevo libro, con cuya primera lectura esperamos que disfruten, estará para siempre disponible cuando quieran volver a él, como un amigo.

MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

En recuerdo de los que andábamos por Gandul a mediados del siglo XX

Ni son todos, ni todos residían en la aldea, pero todos
formaban parte de la cotidianidad del lugar

Pozo de la estación	Cíngaros acampados en la carretera
Manolo de la estación	Bartolo, el panadero de El Viso
Carrasco Muladai de la estación	Concha Purito
Frasco de la casilla de El Palmar	Pepe El Cojito
Eugenio el mulero	Joselito, El Sisi
Tío Manuel el de la Sabina	Manuel, Diego y Laureano García
Agustín el hortelano	Pepe el porquero
Isidoro el velador	Diego el matarife
Manolito de Isidoro	El maestro talabartero
Manolo el cochero	Vals, el melero
José el guarda	El Mena, cosario de Arahál
Miguel el pastor	Los soldados de Las Canteras
Rosario la sacristana	El cura del Reformatorio
Francisquito y María la <i>granaera</i>	García, el ahechador del grano
<i>Juan el velador de Los Llanos</i>	Joselito El Tito, maestro albañil
Joselito el capataz	Evaristo, el organista
Agustina del capataz	La bruja del castillo
Leopoldo el casero del palacio	El loco la Serrana
Antonio de Algámitas	Diego del capataz
Manuel Belén	Isabel la pastora
Rufino el molinero	José Pancilla
Señores Albarracín Pacheco	Miguelito el pastor
Señores Pacheco Enrile	Joaquín del Niño del molino
Transeúntes y andarríos que acampaban	Luis Lozano
debajo del puente	Conchita del palacio

Mientras iba creciendo,
con los pies reafirmaba las huellas
sobre la arena del camino.

Por el contrario, la
memoria viajaba
por las estrellas de
los recuerdos que
dejaban arañados
los días vividos
en aquel paisaje,
que cada vez se
mostraba más po-
bre, más desolado,
más inexpressivo.



De camino

Ante mí el ondulado horizonte
vestido de verde mar.

En una ola lejana
suavemente navega

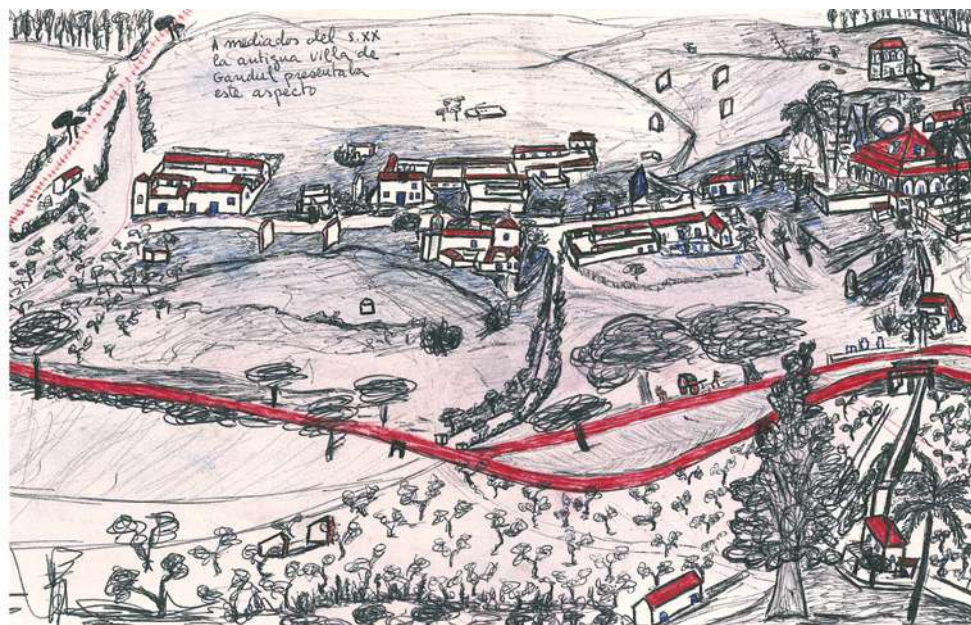
la blanca torre quebrada,
con injerto de espadaña,
a modo de vela blanca
en un pequeño velero.

y en la espadaña dos huecos.
y en los huecos, tres campanas.
y una veleta lunera
allá arriba ^{clavada} ~~clavada~~.

Por la revuelta de La Corchuela podía oírse el eco de las campanas. Ya creía haber llegado



Aproximación al aspecto de la villa de Gandul en el s. XVIII, siguiendo el Catastro de Ensenada



En la aldea-cortijo de Gandul se conservaba un potente rastro de cuando fue villa señorial

El marco de la memoria

Tiene entre sus manos decenas de dibujos que evocan paisajes muy próximos unos de otros en el espacio, pero cada cual con su propia razón de ser. Todos del mismo autor, fruto de diferentes miradas sobre el panorama circundante en una determinada época de su vida. Evocan experiencias de la niñez vividas en primera persona, en el seno de una comunidad rural con memoria, y siempre recordada. Estas características llevan al autor a incorporar al capítulo de lo singular ese momento de su pasado. En la madurez ha comprendido que cualquier vivencia, en la misma proporción en que logre afectar el campo emocional de quien la recuerde, será susceptible de convertirse en algo único, irrepetible.

De todas formas, por mucha imaginación creativa con la que se adornen las evocaciones del pasado, estas se mantendrán siempre ancladas a un momento muy preciso, dentro del contexto general de la pequeña historia de quien las recuerda. Lo percibimos claramente en el caso que nos ocupa, a pesar de la distancia en el tiempo entre los dibujos que se muestran. Separados por lustros y décadas, en conjunto reflejan una misma realidad: la cotidianidad vivida y sentida en la década de 1950 por un niño de Gandul.

El conjunto de los dibujos aporta detalles, que vistos uno a uno, no se apreciarían bien. Manifiestan el empeño por retener momentos, escenas y lugares, en los que se movía el pequeño, cuando aún estaba dentro de la protección del círculo familiar. Su ocupación favorita vino a ser la observación de aquel estrecho mundo de horizontes lejanos, y la rutina cotidiana de familiares y convecinos. La transmisión oral tenía tanta fuerza, que difícilmente podrá separarse lo escuchado a los mayores, de lo realmente vivido. El autor pone la misma intensidad emocional en la descripción de situaciones presenciadas, que en la referencia a los relatos oídos con atención. La importancia de sentirse miembro integrante de un mundo real, que hoy parece el guion de una película muda, recorre toda la serie.

No hay lugar a dudas de que, si el adulto que continúa recordando, hubiese llegado a cumplir los catorce años en Gandul, habría tenido que dejar por primera vez los pantalones cortos por los largos, para incorporarse el grupo de los hombres. A partir de ese momento, las personas y los paisajes recordados continuarían siendo más o menos los mismos, pero envueltos en una

gama de colores muy diferente. Por encima de la niñez propiamente dicha, primaría el sentimiento de su pérdida.

El adolescente, por encontrarse en desventaja con respecto a los demás componentes de la cuadrilla, dejaba de sentirse en el centro de una forma brusca. Los primeros trabajos de los zagales generaban sentimientos de soledad; se convertían en motivo de mofa para el resto de compañeros gañanes, lo mismo mozos que viejos.

Con la misma intensidad que el niño campesino guarda los recuerdos de su infancia, el adolescente hubiera archivado en su memoria los agrídulces momentos del tránsito de la niñez a la plena juventud, pasando por el amargo trago de la adolescencia. El adulto que aquí evoca su niñez con dibujos, todavía contemplaba los trabajos agrícolas desde la distancia. No llegaron a formar parte de la experiencia personal del que, en lugar de una herramienta agrícola, tuvo en su mano un bolígrafo. El preadolescente, al mismo tiempo que anhelaba empezar a considerarse parte del grupo de los hombres, temía abandonar para siempre jamás la ociosidad infantil, tan aburrida a veces. Todavía se identificaba más fácilmente jugando con los niños de la aldea, que trabajando con los gañanes.

Así se deduce, por ejemplo, de los paisajes en los que se reflejan las agotadoras peonadas en los días de la era. El niño recuerda la trilla de la parva como la mejor atracción de feria. Los paseos en el trillo a la fresca de la tarde, escuchando las tonadas de trilla del que arrea a las mulas, eran mucho más divertidos que las mareantes vueltas y revueltas en el carrusel de la calle del infierno. No le encontraba parangón con nada, al disfrute de aquella tarde en la que el padre proponía al hijo compartir el guiso de garbanzos y calabaza que ofrecía el patrón a los gañanes, dormir con él al raso, y protegerse de la blandura de la noche estival bajo la máquina trilladora.

Mientras, el niño campesino disfrutaba del ambiente de la era, más que si se encontrara en la feria del pueblo, no dejaban de llamarle la atención las camisas de los *moreros* (trabajadores de la recolección del grano), tiesas y con llamativos cercos blancos de sudor seco. Algunos se refrescaban en la parlanchina corriente de la acequia de riego de las huertas, sin conseguir liberarse del molesto picor del tamo de la trilla. Molidos de cansancio, los *moreros*, se tendían en el suelo *reliados* en una manta, y dormían a pierna suelta bajo el cielo poblado de estrellas. Cuando un bebé se dormía como un bendito, boca arriba, con las piernas y los brazos abiertos, se decía: duerme como un *morero*.

Las extensas panorámicas que tanto se prodigan en estos papeles, adquieren un valor simbólico para el dibujante. Representan su visión infantil del mundo, concebida desde el escarpe de la cornisa de Los Alcores, con la mirada perdida en la extensa vega del Guadaíra, festoneada al Sur por la lejana Sierra de Morón. Mientras pensaba, el niño campesino, se dejaba invadir por la quietud de las generosas tierras sembradas y el agreste silencio (casi monacal) de las escarpadas laderas. La inmensa llanura organizada en hazas de tierras de labor, le recordaba las remendadas sábanas del tendedero de su casa, a las que ya no les quedaba ni un palmo de la tela original. Eso sí, los accidentados lienzos de muselina morena cuidadosamente extendidos al sol, azuleaban de blanco y lucían con orgullo los remiendos magistralmente cosidos a mano.

Los interiores de las viviendas con atmósfera de intimidad y sosiego, representan la otra cara de la misma moneda de los paisajes panorámicos. El niño que estuvo a punto de estrenarse laboralmente como pавero del palacio, empleaba la jornada en deambular sin rumbo por las inmediaciones del caserío, entrando y saliendo de las casas de sus convecinos, varias de ellas habitadas por familiares. Cada portal, siendo básicamente igual a los demás, ofrecía una imagen particular de la familia que lo habitaba, con olores propios e inconfundibles. En cada casa se respiraba una atmósfera peculiar. Con pocas diferencias, en todas estaban presentes la mesa de camilla, las cuatro sillas ringadas, el almanaque de pared, algún cuadro religioso, el cántaro del agua y las pegajosas moscas, pero cada una resultaba inconfundible. Dos de las casas de la aldea han sido dibujadas más veces que las restantes, casi tanto como el palacio: la casa de la iglesia, donde vivían la abuela y los tíos solteros del dibujante, y la cárcel, donde residía él con su familia en la parte identificada como el calabozo.

El niño al que le tocó en suerte no contar con aparceros estables en la aldea, procuraba aprovechar al máximo la presencia esporádica de otros niños. Paquito, el hijo del porquero se fue con su familia a una cueva del Castillo de Alcalá. Los niños del molino pasaban con los abuelos parte de las vacaciones del colegio. Los sobrinos del encargado de Los Llanos estuvieron unos meses con sus tíos. Rafael Carrasco Muladai, el de la estación, era algo mayor, y Antoñito del hortelano, demasiado pequeño. Los niños de la pastora también tenían menos edad, pero de vez en cuando, sus primas mayores del pueblo, pasaban unos días con ellos. Los juegos seguían un ciclo anual: estaban muy relacionados con los espacios y las cuatro estaciones.

En la mesa de camilla del portal del molino de Abajo jugaban a las cartas en invierno; en el Jardín de Arriba del palacio, en cualquier época, lo hacían a *maya libre* (el escondite), a *tula* (el coger), o a saltar La Ría a lo ancho por los sitios menos peligrosos, imitando a los adolescentes.

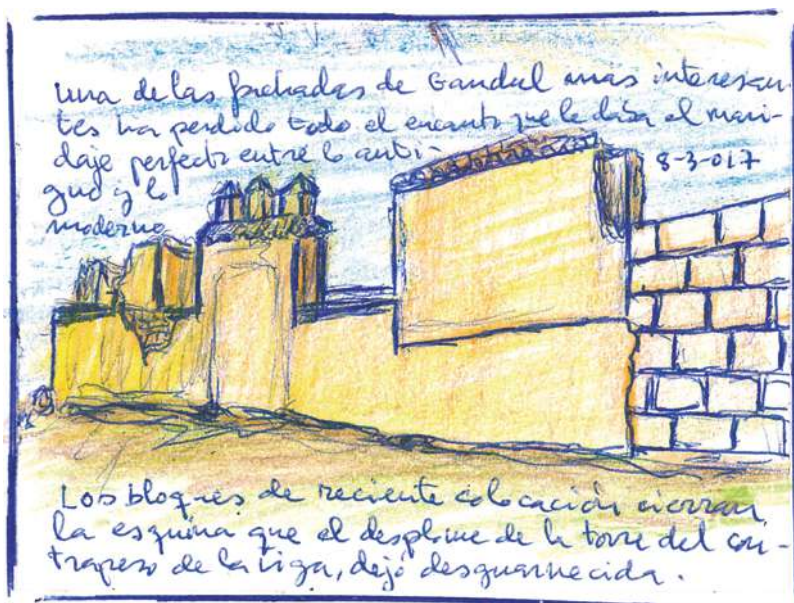
Varios domingos estivales, después de misa y del desayuno de los marqueses veraneantes, tenía lugar la divertida pesca en La Ría. Con los señores como espectadores partidos de risa, los niños, vestidos y descalzos, se metían en el canal casi vacío a pescar con las manos. Las niñas se limitaban a mirar desde la orilla al lado de las señoritas. D. Álvaro, el marqués, animaba a los pescadores a seguir intentando lo que en principio parecía imposible. A los grandes barbos que salían de la galería del agua por la noche, con las compuertas de tela metálica colocadas en la bocamina y en la tajea del molino de Arriba, se les impedía volver a esconderse. Lo más emocionante del juego llegaba al retener entre las manos un escurridizo pez, mantener el equilibrio sobre el resbaloso fondo de la Ría o entrar a gatas bajo los puentecillos del Jardín de Arriba. Las piezas capturadas se iban reuniendo en un cubo. Al final eran repartidas entre los participantes.

El sesteo veraniego en grupo daba lugar a incursiones en La Madre (rivera afluente del Guadaíra). Escondidos en el espeso cañaveral de las orillas, se divertían metiendo los pies en la corriente. La diversión consistía más en meterse en el agua que en bañarse. En las huertas vecinas a La Madre también había mucho con qué distraerse en varias épocas del año. Bastaban dos redondeadas naranjas agrias y una caña para tener un carrito; los aguaderos a los que acudían los pájaros, se convertían en sitios privilegiados para poner las redes con reclamos y cazar verdones, jilgueros, charcos... El conocimiento de los naranjos les permitía localizar el *perrejilero* (no agrio del todo) entre los agrios, y el *tonto* (dulce) entre los chinos. Para los más pequeños, comer unas naranjas a escondidas representaba una verdadera transgresión, que incluso se podía convertir en materia de confesión.

La Dehesa del Palmar representaba otro espacio lúdico muy particular. Ir de paseo por bellotas, palmichas, espárragos, palmitos, palmas y cogollos para hacer pleitas, tomizas y escobones, daba ocasión a moverse por un suelo sembrado de leyendas que inspiraban inquietud. Suponía traspasar los límites del antiguo casco urbano de la aldea. Las tardes que las jóvenes y los niños pequeños iban de merienda con María Pacheco, la hija del marqués, la Dehesa y Los Pinitos de Las Majadillas, venían a ser los destinos más atractivos. Leopoldo el casero lograba embobar a la concurrencia con los

cuentos que contaba mientras, sentados en círculo, devoraban un *bocato di cardinale*: las rebanadas de pan generosamente untadas con fuagrás de la matanza del palacio.

Donde el hijo del cochero se movía de verdad como pez en el agua, era en casa de su abuela y sus tíos, en la antigua iglesia parroquial de Gandul. La abuela le permitía un margen de movimientos bastante más amplio que su madre. Allí pasaba mucho tiempo porque se imaginaba estar en un atractivo laberinto, donde no costaba trabajo aislarse para soñar despierto. A su tía la sacristana, moza dura de hábito morado a perpetuidad, por una promesa del tiempo de la guerra, le gustaba tenerlo alrededor porque era un niño muy “*bien mandado*”. Él se aprovechaba de la circunstancia para hacer cosas de niño: tocar las campanas y los tintinábulo del coro, aporrear el armonio, localizar la caja de las formas y la botella del vino de consagrar puestas a buen recaudo, dormir la siesta en la sacristía sobre la tarima de madera del arcón, introducirse en las tinieblas nocturnas del templo con la inquietante luz de un cabito de vela en la mano... Desde muy pequeño empezó a ayudar a misa y vestirse de monacillo en las fiestas patronales del lugar. La proposición de aprender a responderle al cura en latín, cuando apenas acababa de aprender a deletrear en español, le resultó imposible de abordar. Cuánto hubiera disfrutado compartiendo con algún amigo de su edad las aventuras que vivió en aquel pequeño universo encantado, donde todo era diferente, antiguo, misterioso.



En esta posada almorzó Washington Irving en 1829, cuando iba camino de Granada



El camino, a mediados del s. XX, aún recordaba a la calle principal que había sido en el pasado



Entre las antiguas posadas y el palacio del marqués, el camino se convertía en la calle Real



Una de las antiguas posadas del lugar seguía teniendo gran actividad y acogía a tres familias

Empeñado en no olvidar

En Gandul, al menos desde la generación de nuestros tatarabuelos, ininterrumpidamente, se les venía diciendo a los más pequeños: *Lo que estáis viendo, no tiene comparación con lo que era Gandul cuando teníamos la edad que ustedes tenéis ahora*. En mi caso pude escucharlo directamente en casa de los abuelos maternos, de boca de mi madre y de otros convecinos de la aldea.

Observaciones de este tipo resultan habituales en pequeños lugares como Gandul, en donde la despoblación no se ha detenido desde el s. XVIII. Cuando perdió la jurisdicción de villa (15-4-1840) ya se consideraba un despoblado. En adelante el proceso de deterioro urbano se fue acentuando. Poco a poco, los muchos edificios ruinosos colapsaron, y el trazado de las calles se convirtió en red de sendas y caminos. Hace medio siglo todavía nos movíamos dentro de un particularísimo espacio rural salpicado de restos de edificios antiguos, algunos de noble arquitectura.

Desde mediados del s. XIX, la villa había quedado reducida a una cortijada de la campiña sevillana con unas características muy particulares. Sesenta años atrás, su aspecto y su ambiente se parecían más a los de una aldea, que a los de un cortijo. La iglesia permanecía abierta al culto y las familias residentes continuaban oscilando entre diez y quince, todas al servicio del marqués, menos los ferroviarios.

En el lenguaje de los lugareños se mantenía el uso de términos heredados de sus mayores: palacio, fuente pública, lavadero, castillo, iglesia, peana, cárcel, calabozo, cementerio, posada, molinos, estación... El grupo compartía un imaginario colectivo con larga tradición, y celebraba sus fiestas patronales propias. Los niños todavía no habían dejado de escuchar antiguas leyendas. Así seguía siendo Gandul en los años de la infancia y preadolescencia del autor de los dibujos. Desde entonces, el proceso de deterioro del caserío no solamente ha continuado siendo imparable, sino que se intensificó.

En el presente, los que todavía encontramos viviendo en el lugar no se sienten miembros de una comunidad: han dejado de celebrar las fiestas propias, y de compartir la memoria colectiva que, por encima de discordias y conflictos,

reforzaba los vínculos de pertenencia. Se han olvidado de la transmisión oral, con la que los viejos despertaban el interés de los pequeños. El sentimiento de identidad compartida, del que todavía hacen gala los viejos ganduleros, cuando varios de ellos se encuentran en las calles de Mairena o Alcalá, donde residen, ha desaparecido de entre los que ahora viven en Gandul. La aldea mantuvo cierto grado de identidad colectiva, hasta que dejaron de compartir un imaginario colectivo propio, y se olvidaron de los usos y costumbres heredados del pasado.

A mediados de la década de 1950, el hijo del cochero, contando seis años de edad, hizo de guía por Gandul a unos recién casados de Alcalá, amigos de sus padres. La pareja, sobre todo ella, quedó sorprendida por las cosas que le estaba escuchando a un crio tan pequeño, mientras los guiaba por aquel descampado sembrado de ruinas, que parecían cobrar vida con las explicaciones del niño campesino. El interés de la anécdota no radica en el discurso del cicerone de corta edad, sino en el testimonio de que los lugareños aún mantenía viva una tradición oral propia.

Desde aquella primera vez, han sido muchas las ocasiones en las que el hijo del cochero ha acompañado a personas por Gandul, contándoles historias oídas o vividas en la época en la que el calabozo de la cárcel fue su casa. Cada vez ha necesitado estimular más vivamente la imaginación del visitante, para situarlo en el contexto de lo que le iba contando. De día en día resulta menos estimulante el desolador panorama. Si Dios no lo remedia, dentro de poco, como ocurre con El Toruño respecto a La Mesa, la trinchera del camino, será el indicador visible de la ubicación de la antigua villa señorial. Desgraciadamente, con la desaparición de los hitos paisajísticos se empobrecerá el relato de los recuerdos y se acabará olvidando.

Precisamente los dibujos, objeto de esta publicación, guardan estrecha relación con la firme voluntad del autor por luchar contra el olvido. El deseo de mantener vivos sus recuerdos, se convirtió en una costumbre que sigue manteniendo. Le ayudaron a refrescar la memoria de lugares y personas, que permanecen muy en los cimientos de su manera de ser adulto. Reforzaron los recuerdos, y evitaron que no se empobreciera excesivamente el relato que ha construido sobre su pasado en la aldea. La memoria empeñada en no olvidar, se vuelve muy sensible ante los detalles que empiezan a correr el riesgo de convertirse en vagos recuerdos. Los dibujos han sido de gran ayuda para evitarlo.

El día que el maestro que garabatea sus recuerdos, se detuvo a observar los dibujos del pintor alcalareño Luis Contreras, se animó a mantener la costumbre de dibujar. Bernabé Sánchez, siendo concejal del Ayuntamiento de nuestra ciudad, le hizo llegar unas fotocopias de plumillas de Luis Contreras, porque había algunas de Gandul y de Marchenilla. Recuerda haber prestado especial atención a la de la iglesia de la aldea, observando algo que le chocó un poco a primera vista.

Pensó que el dibujo de la iglesia de Gandul, podría haber servido para una de esas viñetas que invitan a localizar la serie numerada de errores intencionados. Siendo perfectas la composición y la técnica empleadas por Contreras, algunos detalles resultan equívocos, para quien conozca bien el paisaje representado. Verdaderamente no afecta gran cosa al conjunto, que haya dos ventanas o una, o si el reloj de sol está más al centro o hacia un lado de la fachada. Minucias de ese calibre interesan poco al extraño que se empeñe en captar una instantánea. Lo mismo le ocurrió a Washington Irving con el apunte de Gandul que tomó al paso en su viaje de Sevilla a Granada.

El maestro de los garabatos terminó imaginándose al mismo Luis Contreras, situado con sus bártulos delante de los molinos de la ribera del Guadaíra o de los restos del castillo de Alcalá. Resulta evidente que el artista manifiesta una exquisita sensibilidad emocional cuando trata de representar las señas de identidad de su querida ciudad de adopción. En sus acuarelas transmite emoción y belleza, cosa que no se percibe en el dibujo que hizo el día que pasó por Gandul. Puede que allí se sintiera un poco extraño.

El maestro procuró aprender de su reflexión sobre la obra de Luis Contreras. Tal vez aquel aprendizaje influyera en la reacción que tuvo ante el montón de papeles que se formó en el suelo de su habitación, el día que hizo limpieza general. Tuvo claro que los dibujos le habían servido de apoyo a la fragilidad de su memoria. Además, en varios de ellos, pudo apreciar la utilidad del uso de lápices de colores, que le aportan un apreciable contenido emocional.

Resulta que al maestro Curro le hicieron ver la necesidad de llevar a cabo una limpieza a fondo de su cuarto y ordenar tanto tiesto inútil acumulado. Rápidamente, los papeles destinados a la basura formaron una montaña en medio de la habitación. Entre ellos había muchos con dibujitos, la mayoría de Gandul. Él sostiene que con frecuencia se recrea dibujando, mientras

toma apuntes para escribir más tarde. Y justo en el momento de echar a la bolsa de basura lo desechado, le asaltó una duda.

Le vino a la memoria la lección sobre paisaje, que había recibido del cate-drático de Geografía de la UPO, D. Juan Francisco Ojeda, la tarde que le incluyó amigablemente entre sus alumnos universitarios, durante un paseo por las riberas del Guadaíra. Lo aprendido aquel día sobre el concepto de paisaje, y lo que después tuvo ocasión de comentar con el también profesor de Geografía de la UPO y paisano nuestro, D. Francisco José Torres Gutiérrez, le hizo descubrir la diferencia existente entre los términos panorama y paisaje.

Convencido de que los papeles con dibujos, por su nulo valor artístico, eran tan merecedores de ir a la basura como los demás, intentó mirarlos desde otra perspectiva que incluye aspectos etnográficos, antropológicos y cultu-rales. Expresan sentimientos personales de pertenencia a una comunidad rural ya desaparecida, compartido por la mayoría de los que vivieron algún tiempo en Gandul a mediados del siglo XX. Sin lugar a dudas cualquiera de ellos pudiera haber sido autor de algo así, con más autoridad y precisión que el hijo del cochero.

El miedo a coger ese instrumento que en la escuela del pueblo llamaban lápiz, impidió que hubiese más lugareños decididos a dibujar lo que sin problema expresaban tan bellamente de palabras. El hijo del cochero lo afirma porque él también llegó a sentir lo mismo. Siempre le dio vergüen-za mostrar a alguien los dibujos, que parecían más propios de un escolar que de un adulto. Ahora se alegra de haberlos conservado, en espera de encontrar a una persona de confianza competente en la materia, con quien compartir sus dudas al respecto.

Le pareció bien exponerle sus ideas al Director del Museo de la Ciudad, Paco Mantecón. Unos dibujos naïf, en la acepción más coloquial del tér-mino, pudieran tener cierta relación con el concepto de paisaje que una vez escuchó a los profesores de la UPO. No se centran tanto en reproducir la realidad observada, como en expresar la emoción con que se recuerda. Al mismo tiempo recogen semblanzas de panorámicas prácticamente irreco-nocibles con el paso del tiempo, celebraciones y escenas de vida cotidiana que cayeron en desuso, personajes de una sociedad muy diferente a la ac-tual. Evocan el paisaje y el paisanaje de la aldea en la que vivió su infancia, entre 1950 y 1960.

Mientras Paco Mantecón iba repasando los papeles con detenimiento, el maestro jubilado mantuvo la mirada fija en las expresiones de su rostro, esperando que le respondiera con la amabilidad y corrección que le caracterizan: *No está mal, Curro. Verdaderamente tienen su punto de interés. No tires estas cosas tan curiosas. Consérvalas.* Efectivamente, Paco, tras la sugerencia de que no los tirara porque eran muy curiosos, me animó a guardarlos. Lo inesperado estuvo en la salvedad que justificaba lo dicho hasta ese momento: *Vamos a esperar a ver qué se pueda hacer con algunos de ellos.* Hasta ese momento, el maestro Curro no desechó la idea de tirarlos al contenedor de basura. Desde entonces esperó confiado, y la sorpresa vino con la noticia de que parte de los dibujos presentados iba a ilustrar un volumen de *Paisajes con Letras*, extraordinaria serie de publicaciones del Museo de la Ciudad.

El hijo del cochero siempre se consideró un caso perdido para todo lo relacionado con la expresión plástica. Así lo mantuvo, incluso en los primeros momentos de ejercer como maestro de Educación Primaria, pese a que, la magnífica profesora de Plástica de la Escuela de Magisterio Marcelo Spínola, se empeñara en reconocerle algún valor a todo trabajo que se le presentara. Para cambiar de idea, tuvo que verse ante un alumno que, en Plástica, se echaba a temblar delante del folio en blanco. Como maestro trató de ayudarle a abordar el miedo a trazar líneas y manchar de colores, confiando en que algo interesante le sorprendería al final. El objetivo se centraba en reforzarle la confianza y la paciencia para que, comprobando los resultados creciera su autoestima.

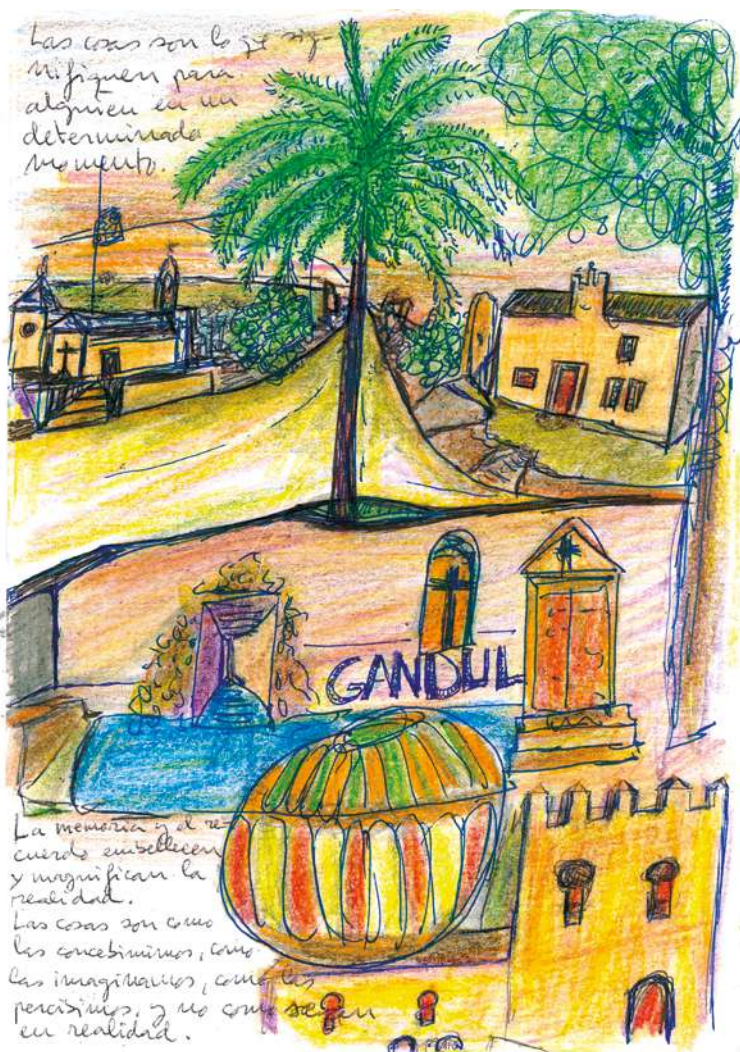
El maestro comprendía bien al chiquillo, porque él, encontrándose frente a la pizarra delante de la clase, estuvo sintiéndose correr el sudor por la espalda, hasta el día que empezó a aplicarse la misma receta que proponía a su alumno. Con el progreso en Plástica, el chaval experimentó un considerable fortalecimiento de su autoestima en general. Y el maestro acabó valorando el modo de proceder de la buena profesora, a la que en su día calificó de ingenua. Alumno y profesor compartieron la satisfacción de superar el miedo delante de una hoja en blanco o una pizarra. Experimentaron la eficacia de sentirse libres cuando se trata de expresar sentimientos, emociones y estados de ánimo.

Conocer el contenido de la carta que el artista Solomon Lewitt envió en 1965 a su amiga Eva Hesse, también artista, reafirmó al maestro Curro en lo que estaba aprendiendo en clase con sus alumnos. Quien de verdad se

aprovechó de aquella experiencia, fue el niño campesino que el maestro seguía llevando muy dentro, siempre empeñado en no olvidar los paisajes de su infancia, a pesar del miedo que sentía a coger el lápiz.

Gracias a experiencias de vida como esta, en 1979 el maestro Curro se liberó del miedo a publicar sus primeros apuntes escritos. Ahora, cuarenta y cuatro años después, ha acabado asumiendo el riesgo de sacar a la luz sus apuntes dibujados. Sostiene que, a estas alturas de su vida, no le inquietan las críticas por muy negativas que puedan ser, porque nunca llegarán a superar el rigor de su propia autocrítica. Los años cumplidos le aconsejan, que merece la pena arriesgarse a compartir en libertad la mediocridad existencial, que nos impide mostrarnos tal cual somos realmente, con nuestras limitaciones, defectos e imperfecciones.

La carencia de valor artístico de estos trabajos, no impedirá que puedan serles útiles a alguien interesado en aproximarse a lo que era Gandul a mediados del s. XX. Las imágenes que al maestro Curro se le antojan adecuadas para telón de fondo del teatro de su colegio, podrían acercar a situaciones y paisajes que actualmente no existen.



Las imágenes que recordamos de los sueños responden más a las huellas que dejaron nuestros estados emocionales que a las realidades que creímos percibir por los sentidos.

Justo en el centro de la aldea estuvo la Plaza del Rey, corazón de la villa señorial



Los poderes civiles y religiosos tuvieron su sede en La Plaza; el marqués, en Plaza del Palacio



La iglesia continuó abierta al culto y con capellán hasta finales de la década de 1980



El marqués seguía convocando a los gaudereros a las celebraciones patronales



En aquella sociedad piramidal, cada uno sabía cuál era su sitio en los rosarios de octubre



La procesión, partiendo de la antigua parroquia, hacía estación en el oratorio del palacio



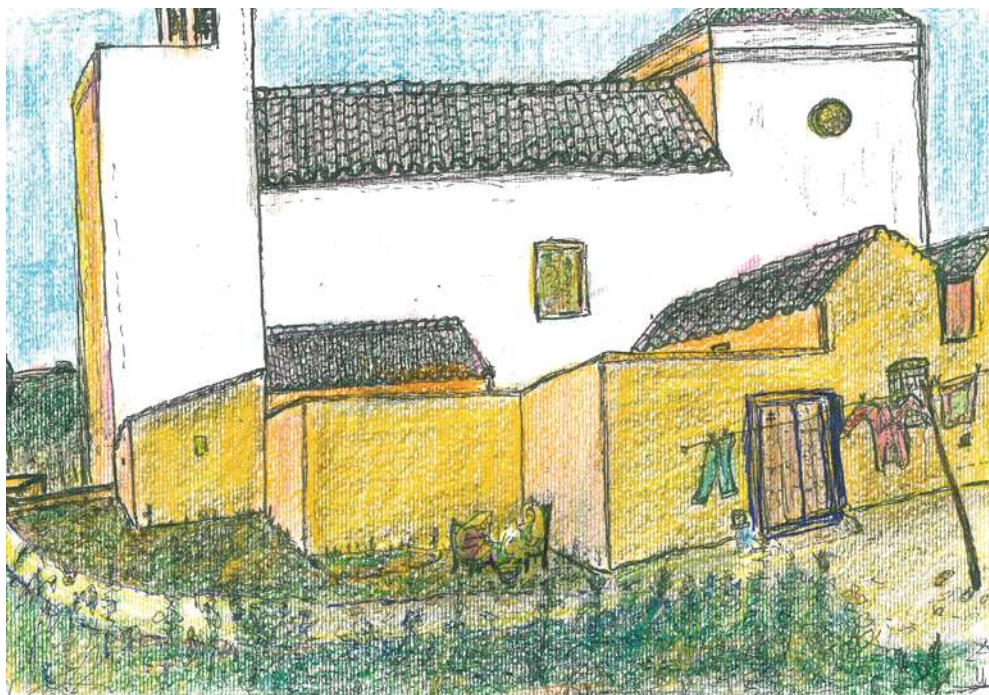
En La Plaza, dos familias vivían en la cárcel frente a la iglesia y al lado del cementerio



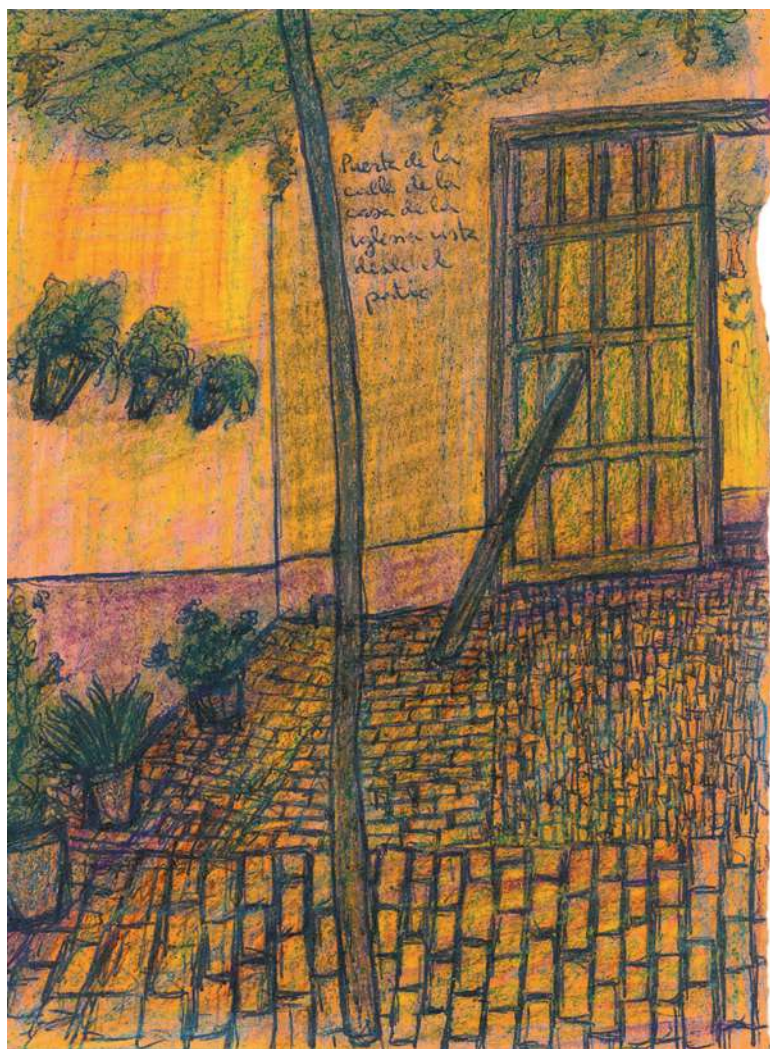
En mayo, a la hora del tren, mujeres y niños subían a la iglesia a hacer el mes de María



Explanada de la casa de la iglesia, con la morera de papel y el tiesto de beber las gallinas



Tarde de invierno. Madre Josefita y tía Rosario cosen al solito en el respaldo del rincón



En pleno verano la parra daba fresca sombra a medio patio de la casa de la iglesia



Ventana de la sala de D. José María, el observatorio más estratégico del lugar

Garabatos de adultos

No todas las veces que me pongo a dibujar lo hago de la misma forma. Depende bastante de las circunstancias en las que me encuentre en cada momento. Muchos de estos dibujos comenzaron siendo un simple garabateo realizado sin ninguna intención, mientras soportaba un tedioso claustro a las dos de la tarde o daba vueltas a algo en mi cabeza. En ciertos casos, el garabateo, inicialmente espontáneo, siguió formando parte del resultado final. En más ocasiones de las que me hubiese gustado, el garabato está relacionado con la carencia de recursos técnicos para abordar problemas que no lograba resolver.

En coherencia con la teoría que sostuvo mi forma de abordar la inseguridad de mis alumnos en Plástica, empecé a disfrutar con los resultados de un simple garabato o —lo que es más complicado— un desacierto inicial. Las más de las veces la mayor dificultad se derivó de estar dibujando con el mismo bolígrafo con el que tomaba apuntes por escrito. La voluntad de mantener los trazos iniciales, los fallos y los borrones, me estimulaba a continuar en el empeño. Los problemas se convirtieron en el pie forzado que me empujaba a encontrarle una salida a la dificultad que me estuviera impidiendo darle curso a la necesidad de expresarme. Con el tiempo caí en la cuenta de que, aquel modo de proceder, estaba muy en consonancia con una especie de existencialismo-esperanzado, con el que a diario me enfrento a las contrariedades de la vida.

Repasando los papeles que estuvieron destinados a ir a parar al contenedor de basura, resultaba evidente el desaprovechamiento de las posibilidades de las clases de Dibujo durante el bachillerato y la carrera. No me explicaba el poco rendimiento que le había sacado a la expresión plástica, siendo algo tan importante en el proceso de maduración de los escolares. En mi colegio, a los que tenían cualidades innatas, privilegio de pocos, recuerdo que se les recomendaba pasar a la Escuela de Artes y Oficios. Del resto se esperaba poco más de que fuese aprobando. Bastaba con la asistencia, para evitar el suspenso. Dibujo era una de las tres asignaturas a las que llamábamos las “Marías” (Dibujo, Religión y Gimnasia), porque la nota más baja que daban normalmente los profesores era el suficiente.

El descubrimiento de que desde un garabato o de un fallo imperdonable, se puede llegar a un resultado medianamente satisfactorio, me ayudó mucho a sobreponerme a mi incompetencia para la expresión plástica. Convencido de que esto era cierto, actué de acuerdo con las recomendaciones de evitar el uso compulsivo de la goma de borrar, y el continuo ir y venir a la papelería a tirar folios desechados. A los alumnos y al maestro nos resultó una medida muy eficaz para fortalecer la autoestima, y reforzar una sensación de éxito, que diluyese la de fracaso.

La intención de esbozar paisajes, escenas o espacios, solía acarrear momentos de frustración, por carecer de las competencias para lograr tal objetivo. En estos casos, me centraba en aproximarme cuanto me fuera posible al objetivo, sin preocuparme demasiado por el resultado final. Mi interés se centraba en representar lo que tuviera en la cabeza en ese momento. En ocasiones jugué a yuxtaponer elementos sacados de sus contextos para formar un collage que expresara las emociones que me traían los recuerdos.

Puede ser que recurriera tantas veces y durante tanto tiempo a los dibujos de Gandul, porque me servían para abordar un problema no resuelto. Durante lustros, por más que lo intentara, no lograba encajar dentro del relato de mi pequeña historia existencial, la imagen que el niño campesino proyectó de sí mismo al entrar en contacto con la ciudad a los nueve años. Mi infancia campesina supuso un lastre en la adaptación a la vida en el pueblo. Engarzar adecuadamente los lejanos recuerdos de infancia y preadolescencia en una memoria integradora, se convertiría en una apasionante tarea para el joven universitario.

Tardé tiempo, puede que demasiado, en llegar al convencimiento de que, los años vividos en la aldea, no suponían un lastre que tuviera que llevar arrastrando toda la vida. Es más, la experiencia de vida campesina, en un contexto tan particular como el de Gandul, en vez de la dificultad que imaginé, representaba un plus en mi currículo personal, del que carecían muchos de mis compañeros de clase. A partir de aquel momento, mis recuerdos de infancia aportaron una luz nueva a mi forma de mirar el mundo, las cosas, las personas y mi propia realidad. Poco a poco, lo que había considerado una carga onerosa, se fue transformando en algo que había contribuido a modelar mi carácter y a conformar mi personalidad de adulto.

Hace relativamente poco tiempo que, en las frecuentes escapadas a Gandul en solitario, me atrevo a llevar papel y lápiz en el bolsillo con idea de tomar apuntes del natural. He descubierto el placer de dibujar, mientras en mi cabeza van y vienen recuerdos, como entran y salen las abejas de una colmena. Se suceden ideas, sentimientos y emociones sin tropezar unos con otros. Disfruto de una extraordinaria sensación de plenitud.

El resultado de este divertimento es que, encontrándome inmerso en el espacio en el que el visitante extraño contempla un paisaje cada día menos evocador, yo sigo percibiendo una fuerza que me coloca en las coordenadas que trato de evocar dibujando. Aquellas soledades sumidas en el silencio de la desolación, el abandono y el olvido, tienen el poder de despertarme agradables sensaciones que permanecen dormidas en los archivos de mi memoria.

En ese contexto, los pensamientos y actitudes que, en el barullo de la ciudad me producirían inquietud, se convierten en generadores de paz y sosiego. La apacible brisa me acerca los ecos de personas por las que siento cariño. Aunque haga tiempo que las huellas de sus pisadas sobre la tierra suelta del camino las borró el viento solano, en mi corazón perdura el rastro que dejaron sus pasos. La vejez me ha descubierto un grandísimo depósito de ternura por todos ellos, independientemente del tipo de relación que existiera entre nosotros.

El día que tuve amontonados delante de mí los dibujos que llevaban tanto tiempo olvidados entre hojas de libros, carpetas y cuadernos, noté con desagrado que se habían vuelto fríos, incapaces de despertarme el estado emocional que me impulsó a hacerlos. Desde la distancia, la torpeza de las líneas trazadas sobre el papel, se percibía con meridiana claridad. Gracias a la media docena de paisajes coloreados al tiempo de hacerlos, noté que el color les daba vida. Tuve claro que debía colorearlos todos, antes de mostrárselos a alguien.

En este momento, las orientaciones que me ofreció mi hijo Santiago desde los conocimientos de sus estudios de Bellas Artes y diseño gráfico, me resultaron bastante orientativas. Mi hijo me hizo ver que con estos dibujos podría crearse una historia gráfica, y que lo más importante del color es el uso que se haga de él, no la abundancia. Me pareció adecuado continuar sirviéndome de la bolsita de lápices y ceras rescatadas del fondo del cajón de la mesa del maestro al despedirme de la clase por jubilación.

Una antigua película en blanco y negro de Frank Capra, que en español se titula *El secreto de vivir* (1936), contribuyó muy especialmente a que aprendiera a valorar y a ver con ojos nuevos las cosas pequeñas, irrelevantes, espontáneas. Recuerdo que acabé identificándome con el talante del protagonista, interpretado por un joven Gary Cooper. *El secreto de vivir* ha tenido mucho que ver en mi forma de abordar el riesgo que conlleva compartir con otras personas algo, que hasta entonces formaba parte de mi privacidad. Confío en que no faltará quien lo acoja con empatía.

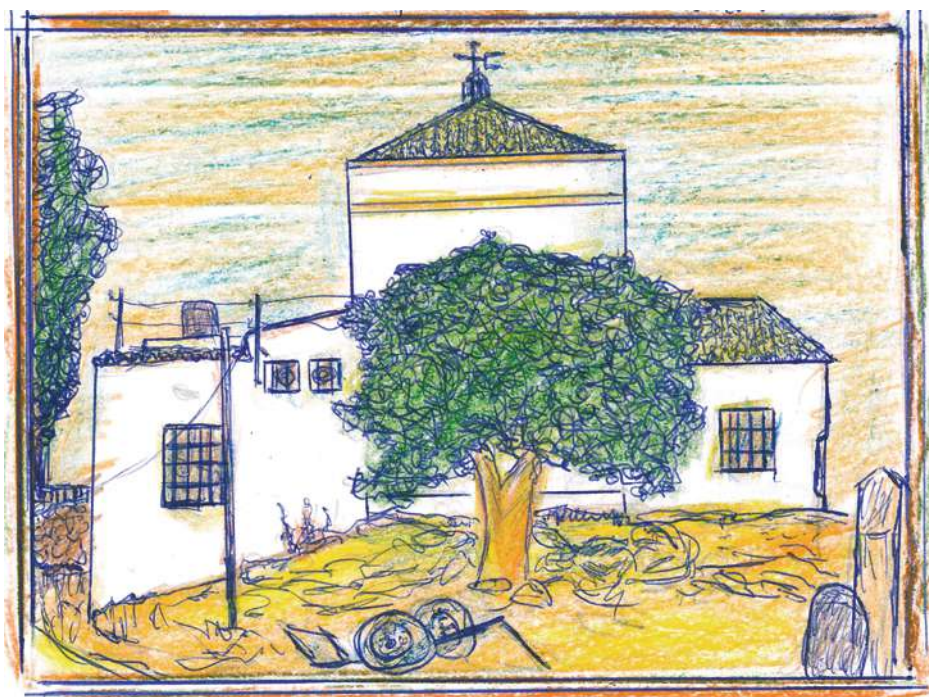
La simpatía o antipatía con la que miramos las particularidades de los demás, acaban condicionando nuestros juicios. Se convierten en la verdadera causa por la que, damos categoría de argumento a las mismas nimiedades en las que unos basan la aprobación y otros el rechazo, según el grado de empatía que sientan por la persona en cuestión. Los dibujos del maestro Curro que ilustran esta publicación, necesitarán miradas muy generosas en empatía para no ser rechazados. Confiando en la generosidad y benevolencia con la que los trataron mis alumnos y sus padres, doy las gracias por anticipado a quien preste un poco de atención a cosas tan sin importancia.

No habrá por dónde excusar al autor de tan pobres resultados, a no ser que se entiendan como un grito del sentimiento de solastalgia. El grito de una persona que, dio sus primeros pasos, aprendió a hablar, y construyó sus primeras frases, formando parte de la última generación de ganduleros. Un grito dirigido a los alcalareños para los que, ¡ay dolor!, Gandul quedó reducido a un simple lava-coches, al que mis alumnos iban de paseo con sus padres los sábados por la mañana.

En el mismo lugar a donde iban los alcalareños con sus hijos (mis alumnos) a lavar sus utilitarios, debería colocarse un gran panel con imágenes que ilustraran un texto parecido a este: *Así de vivo estaba todavía Gandul, hace solamente sesenta años*. Los alcalareños del futuro agradecerán que nos preocupemos por transmitirles la memoria viva de la aldea. Hasta mediados del s. XX, sobrevivió allí una comunidad rural con usos y costumbres muy antiguos, a pesar de que Alcalá ya se hubiera convertido en la población más industrializada de la campiña sevillana.



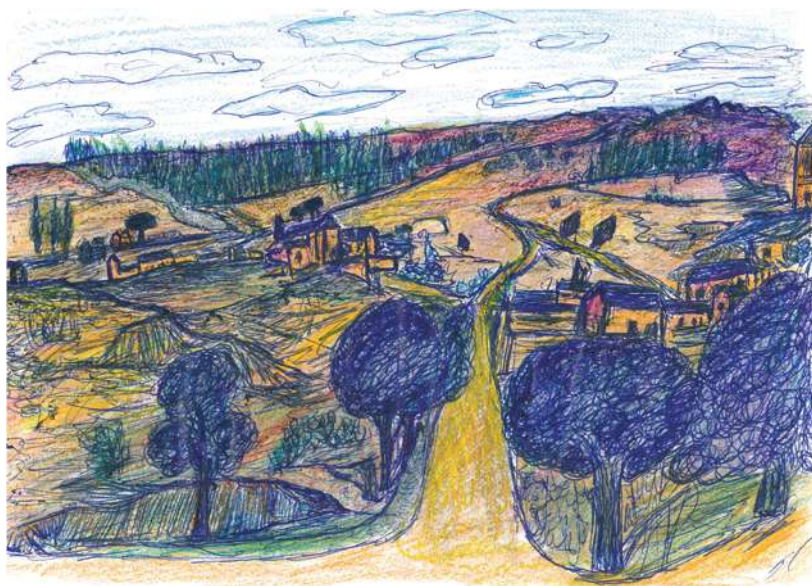
Qué bien se lo pasaron mis hijos aquel día saltando la tapia del cementerio para explorar



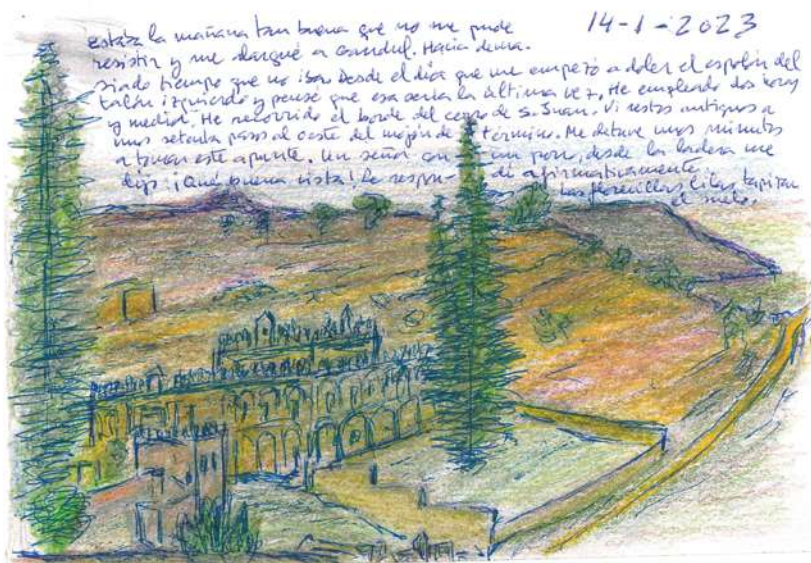
Mañana del 6 de enero. Los Reyes colgaban los regalos en las ramas más bajas de este olivo



Desde la antigua calle de Las Lumbreras. La zahúrda en la antigua calle del Horno de Vinagre



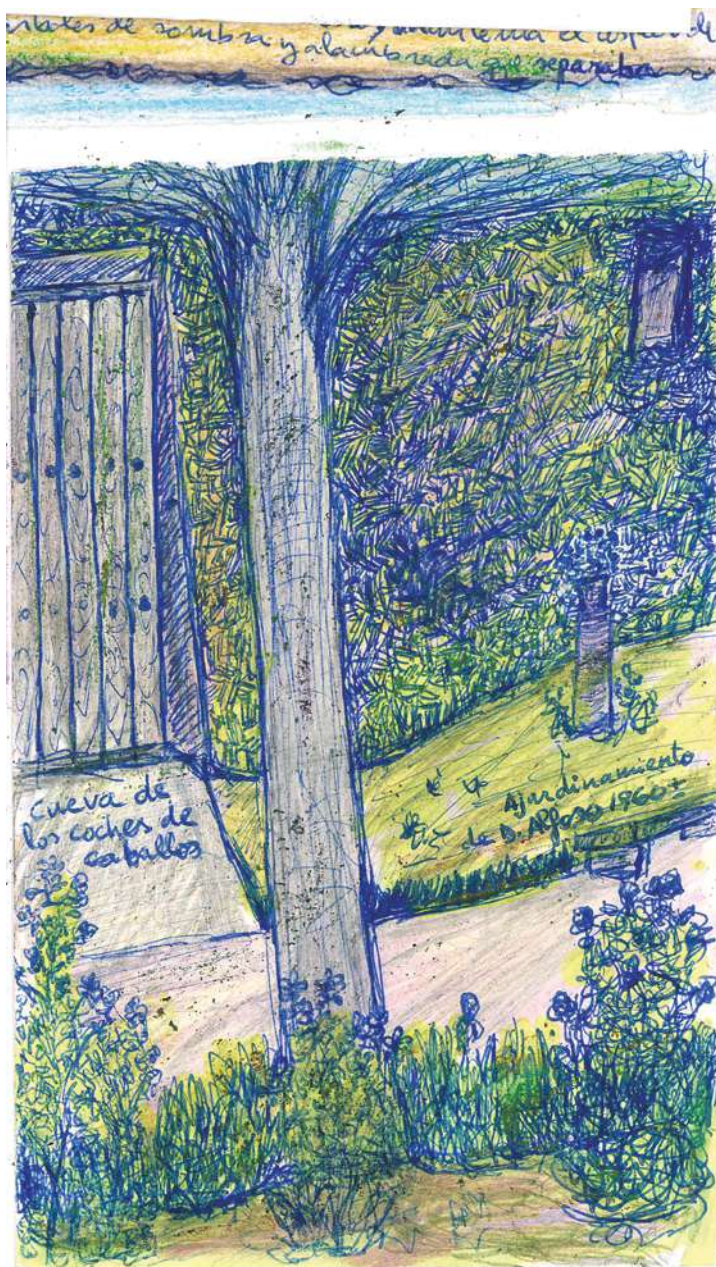
Desde el carril del coche. “El coche” era exclusivamente el del marqués, los demás eran “un...”



El palacio ahora no es el mismo. La desaparición del entorno ajardinado lo descontextualiza



El palacio estaba rodeado de hermosos jardines con elegantes palmeras. Parecían minaretes



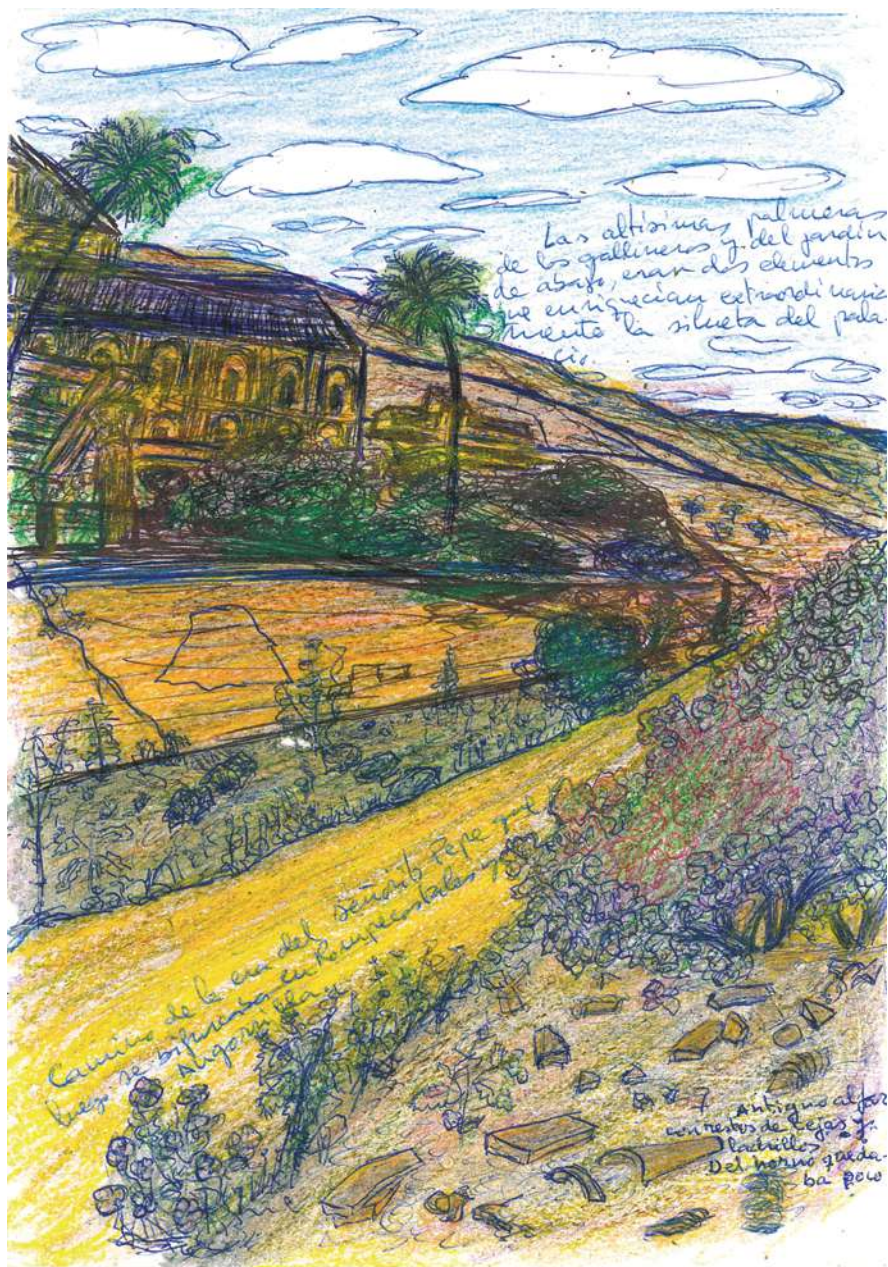
Una parte del Jardín de Arriba conservaba usos propios de la antigua Plaza del Palacio



El paseo central del Jardín de Arriba sigue el trazado del viejo camino y da acceso a La Entrada



Mozas y criadas seguían cantando las coplillas de Gandul la tarde del 11 de septiembre



Una tapia perimetral protegía la intimidad del Jardín de Abajo de las miradas exteriores

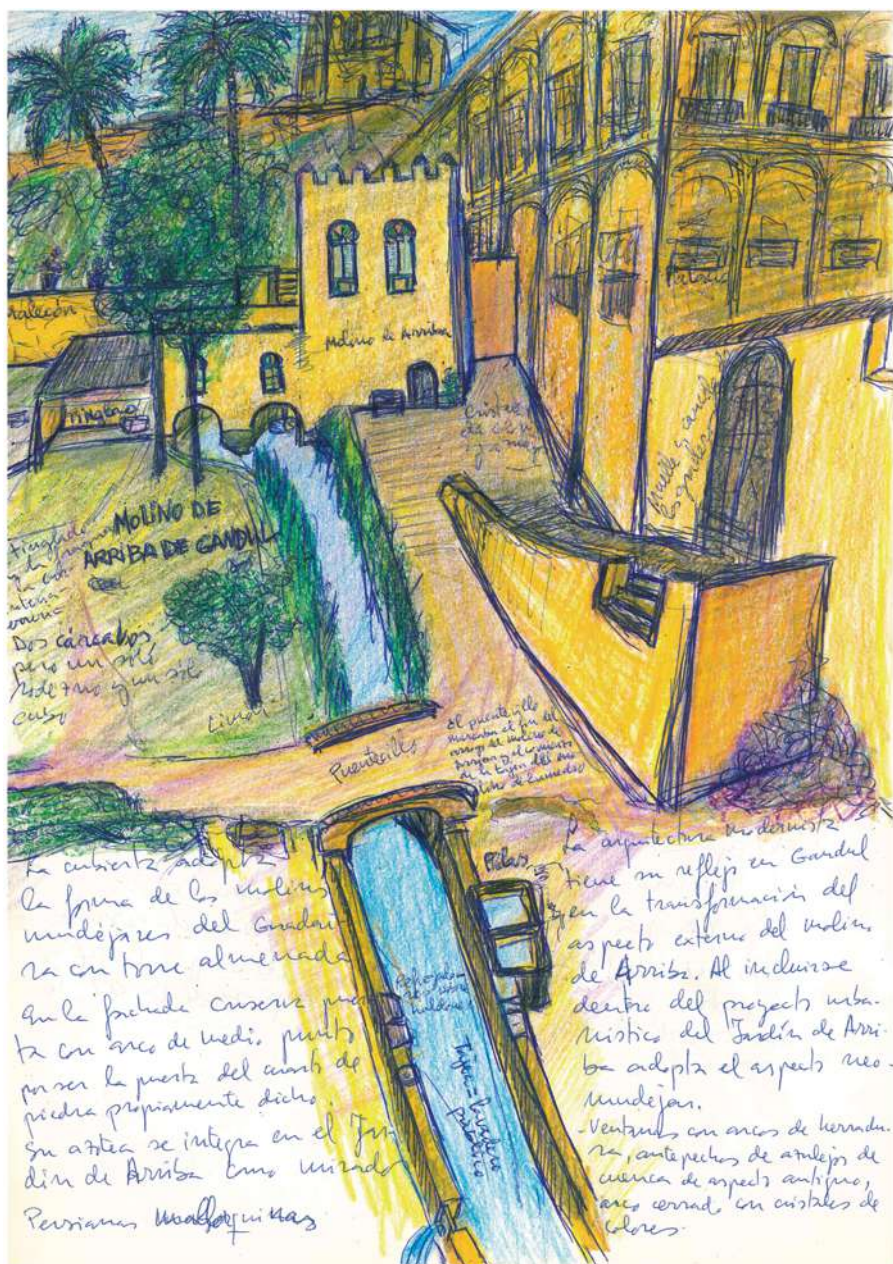


Paquita, la hija de Concha la cocinera de los Albarracín traía en el cuadril el agua fresca de la fuente, en las tallas de barro rezumantes y las colocaba al fuego de la ventana del comedor que daba a la calle.

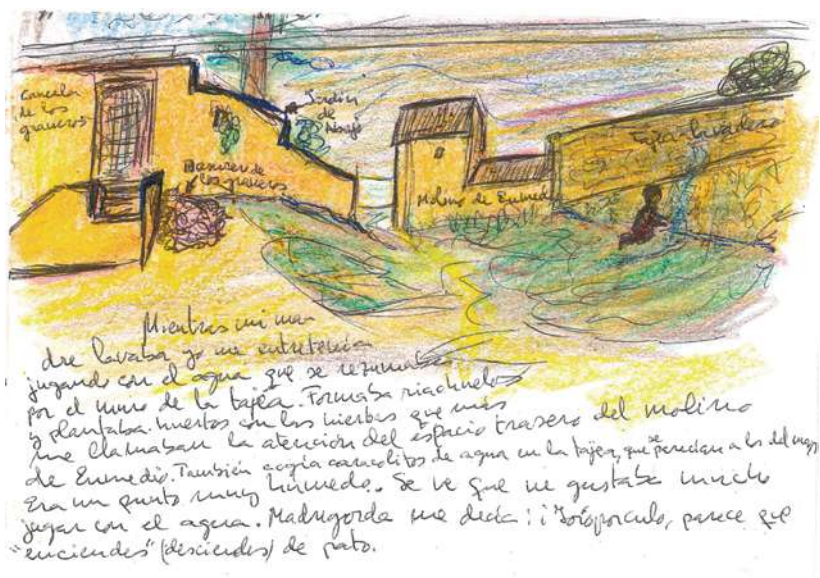
El ventanal del comedor de los Albarracín permitía circular el aire fresco de norte a sur



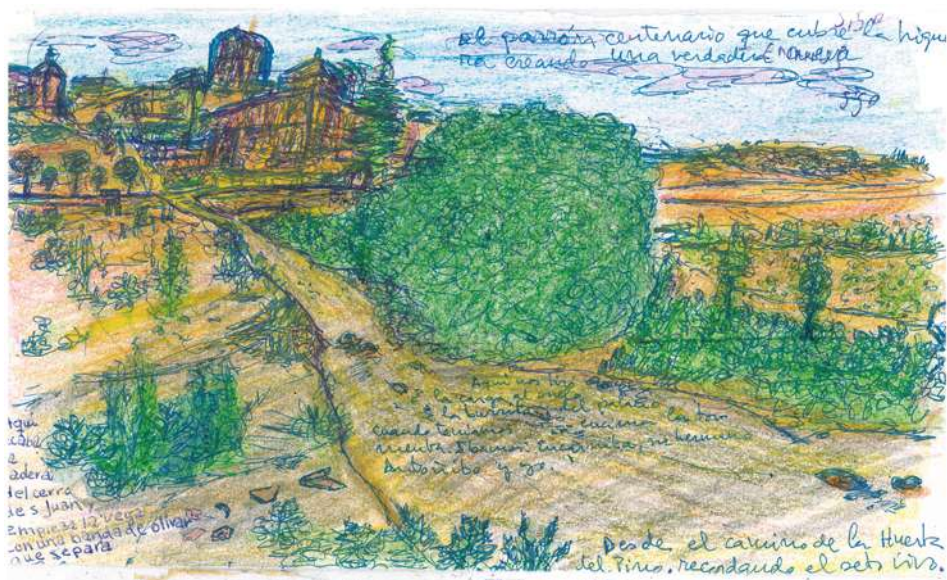
El portal de la casa del capataz era diferente, más amplio. Había bombilla eléctrica y radio



En el lenguaje de la aldea, “la tajea” era sinónimo de lavadero público



Trasera del molino Enmedio, en el que Washington Irving se entrevistó con los molineros



Hasta Marchenilla, el Camino de la Huerta del Pino separaba el escarpe de las tierras de labor

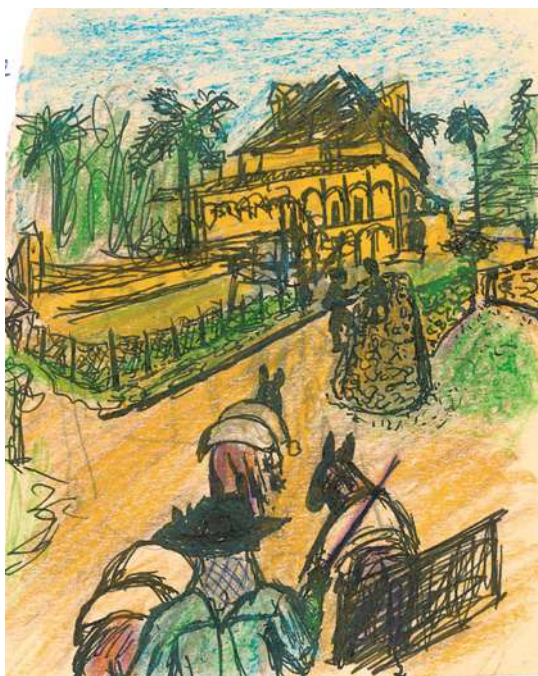


Mientras soñamos perdemos el control de los archivos de la memoria

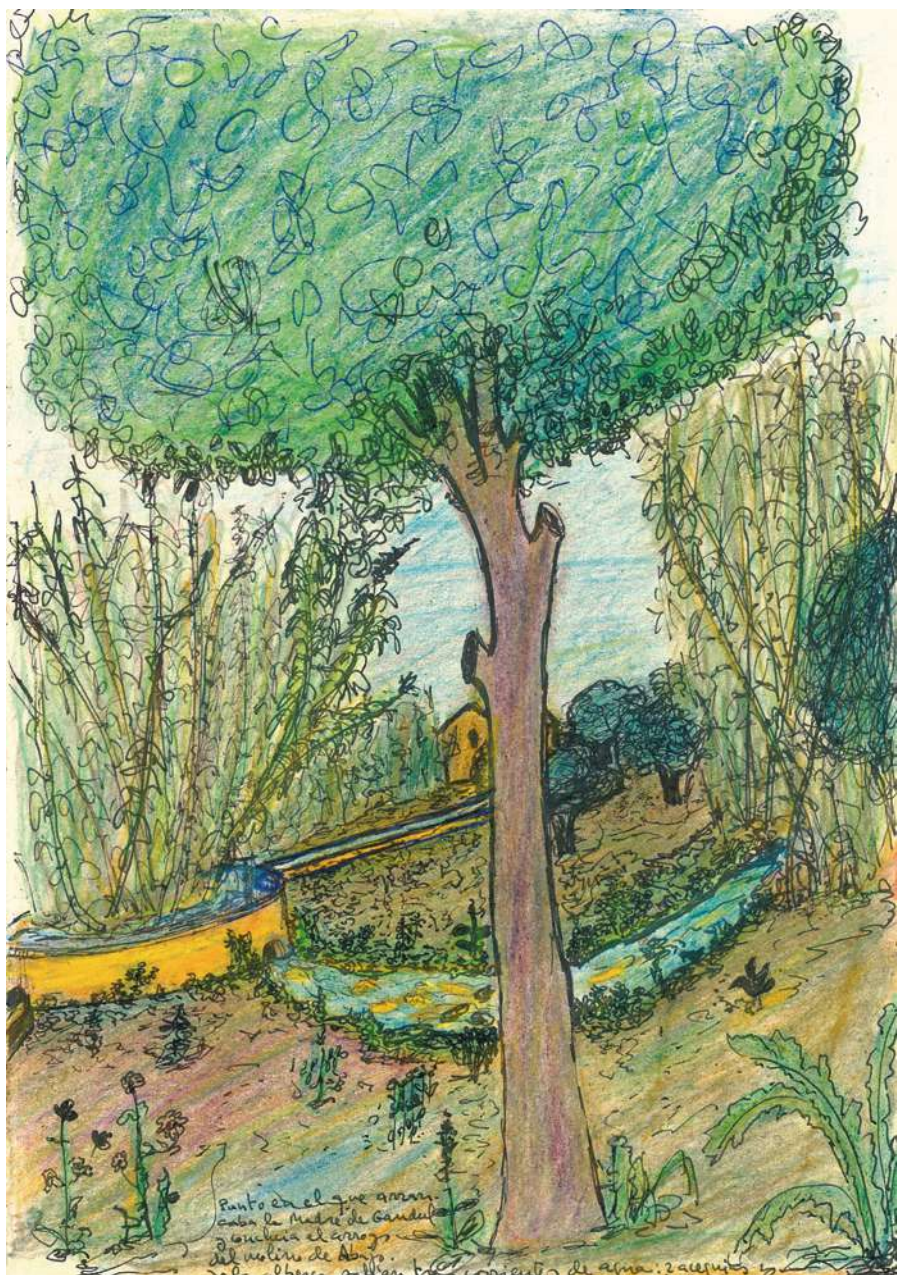
Las cántaras aguardaban al Mena, cosario del Arahal, apostadas en el malecón de la carretera



Antiguamente el espacio considerado urbano llegaba hasta el arroyo del Molino de Abajo



Las interminables jornadas de la era finalizaban con el acarreo de los costales a los graneros



En este punto se comenzaba a llamar Madre de Gandul a la rivera que nacía en el palacio

LA MANTA EN EL CERRADILLO

El cantaro del agua, los espuelas
esquivadas, el guarda pesando en
la romana, las mujeres en la me-
sa esquivando, el capataz a caballo,
los perros...

Yo me pasaba el día jugando con
los restos arqueológicos en superficie,
paseándome en la valla del chanca,
escuchando a las mujeres que no por-
taban pendiente lo
de todo lo que
iba pasando



En septiembre, la manta del verdeo iba trashumando de olivar en olivar alrededor de la aldea



En el vagón de IIIª, cual plaza de pueblo, mercadeábamos con las últimas estraperlistas

LOS ALCORNOQUES DEL PALMAR.

So pretexto de ir por bellotas se organizo
una de las primeras sacuentras "ocultas"
de D. Alfonso y Doña María, no como
primos, sino como novios. El
Recuerdo de uno que fué
andando y le
en el coche de
caballos



En otoño, los centenarios alcornoques de la Dehesa del Palmar invitaban a ir por bellotas

CUENTO PARA NAVIDAD

Era prima noche, prima
noche en boca de la abuela; en
el cerro de S. Juan la luna mira
la vega. Desde la torre de la iglesia
media luna de bronce mira a los
cuatro puntos cardinales girando
eternamente en la veleta, acariciada
por la brisa que llaga suave desde
el mar através de la llanura, o
azotada por la tenpestad del
suroeste que trae las nubes del océano.

Tres niños sentados en sillas de
eneas miram sin pestañear a la enlutada
abuela que suspira dulcemente
contando viejas historias guardadas
con cariño en sus dilatados recuerdos.

A lo lejos, en la semioscuridad
que envolvía el lugar aquella noche estrellada de veranos, el agua
rebosaba por el marco de la atarjea del molino, chocando contra las
piedras del suelo.



Al atardecer, la luna, sobre el cerro de S. Juan, descubre el oscuro velo estrellado de la noche

Imposible detener la carrera del tiempo

El 24 de septiembre de 2002 estuve en Mairena, en casa de tía Pepita, con la intención expresa de acompañarla y tener un ratito de charla con ella, ahora que prácticamente no sale a la calle. Es la que queda residiendo donde madre Josefita parió a los siete hermanos López Sutil. Después de dos años, la prima Angelita y yo hemos vuelto a coincidir en Plaza de S. Sebastián, 8, el hogar familiar de los Pancilla. Desde que tía María y su familia, al dejar Gandul, se trasladaron a Mairena, aquí los recuerdos y las vivencias de los años que pasamos en la aldea, permanecieron en una especie de presente continuado, empecinados en no resolverse en pasado, como hubiera sido más lógico.

Cada vez que voy de visita “a casa” (como nos referíamos todos a la casa de Mairena cuando vivíamos en Gandul), experimento la misma sensación: esa realidad, que las exigencias del mundo al que trato de adaptarme, empujan hasta las profundidades de la memoria, vuelve a salir a flote cada vez que voy a Mairena. Recuerdo que la prima Angelita disfrutaba del momento en que, su madre, ella y yo, alargábamos la sobremesa del almuerzo hasta la merienda, evocando costumbres, situaciones, acontecimiento... Nos engañábamos imaginando que el pasado todavía quedaba a la vuelta de la esquina, a pesar de que las hojas del almanaque siguieran cayendo a una velocidad de vértigo.

Tía Pepita continúa manteniendo las ascuas vivas de la memoria de nuestros días en Gandul, cuando nuestros familiares andaban por todas partes: la casa de máquinas, la posada, la cárcel, la casa de la iglesia y la del capataz, el palacio...

En mi caso, el contacto con la ciudad ha sido más complicado, que en el de la prima Angelita. Apenas hace dos años que de pronto se le desvaneció el pasado entre las manos, coincidiendo con su traslado a la nueva casa y el fallecimiento de tía María.

La feliz coincidencia de los dos primos junto a tía Pepita, nos ha motivado a bucear a placer en los recuerdos compartidos. La casa de tía Pepita se presta a ello. Conserva los ecos familiares, los olores, los muebles y las costumbres, que facilitan la mirada a los años de nuestra niñez. De todas

formas ya no es lo mismo, ni nosotros somos los mismos. Hoy se percibía en el ambiente que este refugio de nuestros recuerdos, pronto perderá la fuerza de atracción, que hoy nos ha hecho coincidir aquí. Al faltar madrina, S. Sebastián 8 dejará de ser para los hijos y nietos de los López Sutil, “casa”, sin necesidad de determinante alguno.

El encuentro de hoy en casa, puede que sea uno de los últimos. Al menos eso concluí de una melancólica expresión con la que se despidió la prima Angelita, que me heló el alma. Con anterioridad ya nos había contado ella que ha restaurado el reloj de pared de casa de sus padres, para que el eco de las campanadas horarias continúe recordándole lo que no quisiera echar nunca en olvido.

Justo cuando ya estábamos de pie dirigiéndonos a la puerta de la calle, la prima dejó escapar una expresión que, empujada por un profundo suspiro, provenía de muy hondo: “*Curro, ya nos estamos haciendo viejos los que éramos niños ¡Qué lejos se nos está quedando Gandul! ¿Verdad...?*”. Yo, apretando los labios contra los dientes, me limité a asentir con la cabeza. Ya con el motor del coche en marcha volví la vista hacia la fachada de casa, y se me vino a la mente que tío Joselito tuvo el mismo gesto, el día que salió muy enfermo para el hospital, sabedor de que jamás volvería a entrar por la puerta.

ÍNDICE

5

TRAZOS PREVIOS

7

EN RECUERDO DE LOS QUE ANDÁBAMOS POR GANDUL
A MEDIADOS DEL SIGLO XX

11

EL MARCO DE LA MEMORIA

19

EMPEÑADO EN NO OLVIDAR

33

GARABATOS DE ADULTOS

55

IMPOSIBLE DETENER LA CARRERA DEL TIEMPO



Paisajes con Letras

Esta colección, iniciativa del Museo de Alcalá de Guadaíra, está formada por textos que tengan como marco o referente los paisajes y elementos del patrimonio cultural de esta ciudad.

NÚMEROS PUBLICADOS

- Nº 1. *Historia viva*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).
- Nº 2. *La torre mocha*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).
- Nº 3. *El encanto por los celos y Fuente de la Judía*, de Cristóbal de Monroy y Silva (2017).
- Nº 4. *La Tapada*, de José María Gutiérrez de Alba (2017).
- Nº 5. *Compendio de la Fundación y Antigüedad de la Villa de Alcalá de Guadaíra*, de Pedro León Serrano (2017).
- Nº 6. *Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla. Tomo I (A-B) –Alcalá de Guadaíra–*, de José Hernández Díaz, Antonio Sancho Corbacho y Francisco Collantes de Terán (2018).
- Nº 7. *Relatos de Alcalá: El Molino del Algarrobo en Alcalá de Guadaíra. En los Meandros del Guadaíra*, de Eugenio Noel (2018).
- Nº 8. *Aproximación al imaginario de los últimos molineros*, de Francisco López Pérez (2019).
- Nº 9. *Alcalá de Guadaíra en los diccionarios geográficos del siglo XIX*, edición e introducción de Marcos Fernández Gómez (2019).
- Nº 10. *La revista Oromana (1924-1928)*, edición e introducción de Marcos Fernández Gómez y José María Barrera López (2019).
- Nº 11. *El tiempo sumergido. Una crónica y cinco relatos sobre la ballena de Alcalá de Guadaíra*, de Joaquín Cárdenas Carretero, Rafael Castillo Gómez y Gracia María Sánchez Cobano (2020).
- Nº 12. *Flores del Guadaíra. Cantares y Romances*, de Manuel Fernández Gámero (2020).

NÚMEROS PUBLICADOS (Continuación)

- Nº 13. *Pleamor. Variaciones sobre mis recuerdos*, de José María Rubio Rubio (2021).
- Nº 14. *La imagen fotográfica de Alcalá de Guadaíra. Los fondos de la Foto-teca Municipal de Sevilla*, edición y estudios introductorios de Marcos Fernández Gómez e Inmaculada Molina Álvarez (2021).
- Nº 15. *Fernando de los Ríos y de Guzmán, cronista y lírico de la ciudad del Guadaíra*, introducción y antología de textos de José Manuel Campos (2022).
- Nº 16. *Desde El Palomar. Chris Huidekoper y la mirada centroeuropea al paisaje de Alcalá de Guadaíra en la década de 1930*, de M. Vicente Maestre Galindo (2023).
- Nº 17. *Gandul. Paisajes de infancia*, de Francisco López Pérez (2024).

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Artes Gráficas Pinelo en los primeros días de la primavera de 2024, y fue presentado el 23 de abril del mismo año. Con él esperamos que Gandul *esté un poco más cerca*.



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaira